

Maravilla

Comedia lírica en tres actos

Texto original de ANTONIO QUINTERO y JESÚS M.^a DE AROZAMENA
Música de FEDERICO MORENO TORROBA

PERSONAJES Y REPARTO

MANUELA	SELICA PÉREZ CARPIO
ELVIRA	MARUJA VALLOJERA
ANITA BLANQUITA SUÁREZ
LA MARQUESA DE VILLAMERCED	
CASTA	MARÍA VALENTÍN
LA CIEGA	ARACELI SÁNCHEZ IMAZ
LA DEVOTA	CAROLA HERNÁNDEZ
LA MONJA	ALBINA CACHERO
LA PEPA	PAQUITA LÓPEZ
ROSARIO	ESTHER JIMÉNEZ
PILAR	TERESA JIMÉNEZ
RAFAEL	LUIS SAGI-VELA
AGAPITO	ARTURO LLEDÓ
EMILIO	ANTONIO PRIETO
ZABALA	PABLO GORGÉ
FAUSTINO	CONSTANTINO PARDO
ANTONIO	FÉLIX R. CASAS
DON SAMUEL	FERNANDO HERNÁNDEZ
RUFO	EMILIO PORTELA
EL CIEGO	CASIMIRO GARCÍA MORALES
BERNARDO	FERNANDO GOSÁLVEZ
EL TRASPUNTE AGUSTÍN PEDROTE
ENRIQUE	
MATEO	CARLOS TOBA
JULIO, EL CARTERO	EDUARDO STERN
SEÑOR BENITO	MANUEL GAITÁN
MIGUEL	MANUEL ÁLVAREZ

Estrenada el 12 de abril de 1941 en el Teatro Fontalba de Madrid.

ACTO PRIMERO

Jardín, iglesia y convento de monjas en Madrid a comienzos de 1900. Durante su niñez, Manuela fue creciendo al lado de las monjas del convento, del que Emilio es jardinero. Bonachón y de bastante más edad que Manuela, se casó con ella a instancias de las monjas,

cuyo deseo no era otro que unirla con Emilio, accediendo ella por agradecimiento y por no desairarlas. Guapetona, simpática, con una voz portentosa y admiración de propios y extraños, tiene un puesto de flores en la Pradera. Admiradores los tiene a pedir de boca, entre ellos un matador de todos llamado Antonio «El Niño de las Calatravas»; pero ella no se deja subyugar por nadie pues ante todo respeta y quiere a su marido, que celoso en extremo, la tiene prohibido cantar en público pese a que amigos y asistentes a la iglesia lo solicitan insistentemente asegurando que podría llegar a ser una figura de prestigio en el teatro.

MANCEBOS Allá en el puesto
de la pradera,
esta mañana
la contemplé.
Y con un buche
de limonada
al ver sus ojos
me atraganté.
Le dije «Reina,
yo soy su paje»
y usted entonces
me dijo así.

MANUELA Si usted es mi paje
yo se lo mando,
lleve estos tiestos
hasta Madrid.

MANCEBOS ¡Manuela!
¡Manuela!
Todo el hombre que te ve
por ti se cuele.
¡Manuela!
¡Florista!
¡Ay Manuela por tu amor
estoy sin vista!
Desde el Santo me has traído
bien cargao...
¡Ay, Manuela, dame un beso,
que con eso
estoy pagao!

MANUELA Lo que me piden
no puedo darles
por el motivo,
por la razón,

de que hace tiempo
que en los altares
le di yo a un hombre
mi corazón.

Yo soy casada,
yo soy honrada,
y a galanteos
jamás doy pié...
Queréis un beso,
pues aguardarse
y a mi marido
consultaré.

MANCEBOS ¡Manuela!
¡Manuela!
¡La noticia, de verdá
que nos amuela!
¡Manuela!
¡Florista!

MANUELA Siento mucho que les falle
la conquista.
Me han traído las macetas
hasta aquí...
Pa arreglar lo de los tiestos,
lleven estos
hasta allí

MANCEBOS ¡Ay, Manuela, dame un beso!

MANUELA Van los pobres
acharaos.

Entre los admiradores de Manuela está el señor Agapito, jefe de la claque del Teatro Real, quien aprovecha cualquier motivo para que Zabala, famoso bajo del Real oiga cantar a Manuela. La ocasión se presenta de improviso. La Madre Superiora del Convento quiere satisfacer a la Marquesa de Villamerced y a otras señoras de la alta sociedad, que ayudan a que la comunidad salga adelante en sus necesidades, y consigue de Manuela –a pesar de las protestas de Emilio– que cante un Ave María en la iglesia.

MANUELA No puedo más, no puedo más,
ni compasión tiene de mí.
No puedo más, dame señor
fuerza y valor para sufrir.
Si en el altar
le di mi juramento,

no puedo culpar
mi amargo pensamiento.
Yo le juré quererle
pero va a destrozar la fe
vestida de ilusión
que le entregué.
No puedo más, dame señor
fuerza y valor para sufrir,
esta amargura de vivir.
Alma, vas silenciosa por la vida
y en tu silencio va escondida
un ansia loca de cantar.
Tiende como alas blancas,
tus anhelos,
y en el milagro de los cielos
clava tu acento de cristal.
En mi ilusión está escondida
una canción de eternidad.
Alma, dame tu voz por un momento
para alejar el pensamiento,
que ya no puedo resistir.
Mira que ya no puedo con mi pena
y que me mata esta condena
de no reír, de no cantar;
siempre en silencio he de llorar.

La noticia se extiende por todo el barrio y la iglesia se llena de vecinos y curiosos ávidos de escuchar una voz tan portentosa. En tanto Manuela canta el Ave María prometido, su marido se sienta frente al puesto de flores, saca su pañuelo y llora en silencio; de la tienda sale una niña –Elvira, su hija– que corre a sus brazos. Emilio la mira y la besa con loca desesperación, sin darse cuenta de que con su carácter y su egoísmo, enturbia la tranquilidad de su propio hogar.

ACTO SEGUNDO

Han pasado veinte años. Ni Agapito ni Casta, su señora, pertenecen ya al teatro como empleados. Poseen un taller de sastrería teatral costado por Manuela, que ante el fallecimiento de Emilio, se ha convertido en una famosísima cantante –Maravilla– admirada por el mundo entero. Desde la marcha de Manuela, Elvira, su hija, se halla al cuidado de los esposos, Agapito y Casta, que miran por ella como si se tratara de su propia hija, pues Manuela lo es todo para ellos. De la sastrería teatral son asiduos concurrentes Faustino –empresario– y Rafael, joven cantante con una magnífica voz,

pero sin suerte hasta ahora. Ambos beben los vientos por Elvira, aunque esta se inclina más por el empresario, que a decir de la gente será su perdición de no poder remedio, en tanto que Agapito y Casta lo hacen por el barítono.

RAFAEL Caballero de inmensa fortuna
de gran poderío,
por fuerza ha de ser
quien recoge la plata de luna
al pasar por el río,
al anochecer.
El que sabe arrancar de los cielos
las piedras preciosas
de un fino ideal,
el que viste sus limpios anhelos
con sedas gloriosas
de nieve y cristal.
Yo no tengo monedas de oro,
mas poseo la gran virtud
de encontrar en cada minuto
un tesoro
de juventud.
Millonario de arca rellena,
por tierras y mares
es noble y señor
el que acude donde hay una pena,
consuela pesares
y alegra un dolor.
Nada importa que no haya dinero...
Por míseros cobres
un reino le dan
al rumboso y gentil caballero
que tiende a los pobres
su mano y su pan.

ANITA Y CHICAS Él no tiene monedas de oro,
mas posee la gran virtud.

RAFAEL De encontrar en cada minuto
un tesoro
de juventud.

Como las cosas van por mal camino, Agapito se decide a poner sobre aviso a Manuela de cuanto le pueda pasar a su hija Elvira. De improviso y ante el asombro de todos se presenta Maravilla diciendo que viene a cantar en una función benéfica. La alegría de

Elvira al ver a su madre, es inmensa.

MANUELA ¡Mi reina! ¡Mi gloria!
¡Mi cielo! ¡Mi vida!

ELVIRA ¡Ay madre, que hermosa eres!
¡Cariño del alma mía!

AGAPITO ¡Maravilla!

MANUELA ¡Mis amigos!

AGAPITO ¡Un abrazo!

MANUELA ¡Veintidós!
Para todos traigo lleno
de cariño el corazón.

ELVIRA ¡Que cuerpo! ¡Que cara!
¡Que boca! ¡Que risa!
Comprendo que te pusieran
el nombre de Maravilla.

TODOS ¡Que cuerpo! ¡Que cara!
¡Que boca! ¡Que risa!
Comprendo que le pusieran
el nombre de Maravilla.

MANUELA ¡Ay ¡Madrid!...
¡Por fin te veo!
Se deslumbra mi alma
con la luz de tu cielo.
A través de la tierra,
por los mares inmensos,
en las noches triunfales
te enviaba mil besos.
¡Madrid!
Yo te lo juro,
ni un momento te olvidé...
Madrid
de mis amores,
hoy tu amante vuelvo a ser...
Madrid,
yo soy tu esclava,
noche y día pienso en ti...
Maravilla
va luciendo por el mundo,
este orgullo tan profundo
de ser hija de Madrid.

TODOS ¡Madrid!
 Yo te lo juro,
 ni un momento te olvidé...
 Madrid
 de mis amores,
 hoy tu amante vuelvo a ser.

MANUELA Madrid,
 yo soy tu esclava,
 noche y día pienso en ti.

TODOS Maravilla
 va luciendo por el mundo,
 este orgullo tan profundo
 de ser hija de Madrid.
 ¡Ay, Madrid,
 yo he venido a tu lado a reír,
 primaveras en flor
 porque pueda sentir
 tu recuerdo feliz!

Elvira está orgullosa de llamarse hija de Maravilla, pero lo que ella ignora es la trama urdida por su propia madre, por Agapito y por su señora. Manuela confiesa a su hija que en las pocas horas que está en Madrid le ha sucedido algo extraordinario: ha conocido a un joven que será quien le de réplica en la función homenaje y que por primera vez, tras largos años, ha sentido una especie de flechazo hacia su persona, quedando con él para que venga a buscarla. Es decir, que Manuela a los ojos de su hija finge haberse enamorado de Rafael, que es el joven en cuestión, cuando en realidad lo hace para llevar a Elvira al buen camino y separarla de Faustino. Tras las presentaciones, Maravilla y Rafael se despiden cogiéndose, muy acaramelados, del brazo. Ante el miedo a perderlo, Elvira se ha dado cuenta de que a quien ama realmente es a Rafael; consecuencia de ello son unos celos mortales, a pesar de que sigue atraída por Faustino al encontrarlo con más desparpajo, más chulo y más dispuesto para todo... según ella cree.

ACTO TERCERO

Llegó el día de la función benéfica. Maravilla se halla en su camerino del teatro dispuesta a tomar parte en la representación en la que tiene que actuar con Rafael, que se ha convertido en un cantante imprescindible gracias a sus facultades y al apoyo decidido de Maravilla. Ambos siguen la trama de dar celos a Elvira, sin darse cuenta de que ella, poco a poco, se está enamorando del novio de su propia hija. Zabala, el que fuera bajo en el Real y que dejó su carrera por ayudar a Maravilla en sus comienzos, se convirtió en su eterno acompañante, esperando con el tiempo llegar a algo más. Precisamente por el cariño que Maravilla demuestra hacia Rafael, tiene una escena algo violenta con éste. Es Agapito quien lo aclara todo. Fue él quien hizo venir a Maravilla,

urdiendo toda la trama de los ficticios amores con Rafael. Elvira, que ve truncada su felicidad, teme enfrentarse con su madre, pues también mujer, tiene derecho a amar; a un amor que ella despreció.

ELVIRA Madre mía, perdón te suplico,
de tu lado me voy a alejar,
mi presencia sería en tu vida
negra sombra de negro pesar.
Me reía del alma de un hombre,
pero amarle yo nunca creí
y hoy le quiero con todas mis ansias,
mientras él se enamora de ti.
Madre mía,
madre mía; al saber que le quiero
de noche y de día,
madre mía, de pena me muero.
Tu niña te deja
pidiéndole a Dios
que os haga dichosos
por siempre a los dos.
Madre mía, tu niña te adora
y se aleja en tu noche triunfal;
pero lleva en el alma el encanto
de tu voz, que es de seda y cristal.
Para el hombre que no ha de ser mío
ha de ser tu amorosa canción...
La canción que tal vez venga un eco
en el llanto de mi corazón.
Madre mía,
madre mía; al saber que le quiero
de noche y de día,
madre mía, de pena me muero.
Tu niña te deja
pidiéndole a Dios
que os haga dichosos
por siempre a los dos.

Mientras Maravilla se halla en escena, Elvira hace entrega de una carta que ha de ir a parar a manos de su madre y en la que le desea toda la felicidad del mundo con el que ella considera su amor, aunque siempre lo desdeñara; y deseando no enturbiar su felicidad, sacrifica la suya marchándose con Faustino, aún sabiendo de antemano que con él va a ser una desgraciada.

ANITA ¡Auxilio! ¡Socorro!
¡Ladrones! ¡Favor!
Me muero de espanto.
¡Qué miedo! ¡Qué horror!

CORACEROS No temas chiquilla,
manola gentil;
no habrá quien te robe
estando yo aquí.

ANITA De susto ya casi
me tengo de pie;
por Dios coracero,
defiéndame usted.
Andan
partidas de bandoleros
por Madrid.
Buscan
feroces como leones,
la ocasión;
vienen,
astutos y muy callados,
tras de mí
para
robarme mi corazón.

CORACEROS ¡Muera el ladrón!
No hay que temblar;
con mi espadón
te he de guardar.
Niña,
no temas a los ladrones
de Madrid,
puesto
que tienes la compañía
de un francés.
Gloria
tendremos si combatiendo
para ti,
todos
cayéramos a tus pies.

ANITA ¡Muera el ladrón!
No he de temblar;
con tu espadón
me has de guardar.

¡Viva
 la «mere» que te ha traído
 de París!
 Sólo
 me falta, franchute mío,
 «ton archant»
 para
 que el miedo que yo he pasado
 «suá finí».
 Debes
 quitármelo «avé» champán.
 CORACEROS «Il é tré bón.»
 ANITA ¡Auxilio! ¡Socorro!
 ¡Favor! ¡Ay, de mí!
 CORACEROS No habrá quien te robe
 estando yo aquí.
 Gloria
 tendremos, si combatiendo
 para ti...

Como Elvira ha desaparecido, todos se ponen en movimiento buscándola, y cuando ya empieza a cundir el desaliento, el mismo Faustino hace entrega de ella para que sea feliz con Rafael, ya que es a él a quien quiere, evitando con ello la desgracia de Elvira. Maravilla, que en silencio también se había enamorado de Rafael, se sacrifica por el amor de su hija y confiesa que la ha hecho sufrir para que aprenda lo que duele perder un buen amor, ya que su única ilusión es ser una buena madre.

RAFAEL Adiós dijiste...
 Se va mi vida...
 Llorar quisiste
 por un amor
 que hay que olvidar.
 Te vas riendo
 y yo me muero.
 Mi dolor es saber
 que no puedes llorar.
 Amor, vida de mi vida,
 ¡qué triste es decirse adiós!
 Te llevas la juventud
 de este querer sin redención.
 Amor que por el camino
 no puedes volver atrás,

te ríes cuando sientes
deseos de llorar.
Y pensar que te amé
con alma y vida,
y hoy te quieres burlar
de mi dolor.
Este amor que soñé
no lo puedo callar.
Fueron falsas palabras,
mentiste mil veces
tu amor, mujer.
Amor, vida de mi vida,
¡que triste es decirse adiós!
Te llevas la juventud
de este querer sin redención.
Amor que por el camino
no puedes volver atrás,
te ríes cuando sientes
deseos de llorar.
¡Adiós, mi bien, adiós!

